

---

## PRESENTACIÓN

I. Todo libro tiene su historia. Explicar la de éste es casi un deber y hacerlo nos servirá, además, para empezar a presentarlo. Este libro, constituye una unidad en sí mismo pero, por otro lado, forma parte de una obra mayor. Por eso su historia debe comenzar por la de esa obra mayor, que reza como subtítulo en la portada.

En 1968, Légaut terminó un grueso manuscrito, de casi setecientas páginas, en el que había trabajado durante los siete años anteriores, por lo menos (1). De hecho, Légaut se encontró con ese manuscrito en las manos al reunir los textos que había ido escribiendo para sí y para los amigos que se reunían con él durante los veranos en Les Granges de Lèsches en Diois. Cuando acabó de darle forma, lo reconoció como “el fruto de su vida”, y, dado su peculiar enfoque, lo tituló: *El cumplimiento humano* (*L'accomplissement humain*).

Tres editores rechazaron el manuscrito a causa de su tamaño desmesurado y de que su autor era prácticamente un desconocido (había publicado tres libros en los años 30, que ya estaban olvidados, y otro en 1962, de escasa difusión). Sin embargo, un cuarto editor, Aubier, aceptó publicarlo gracias a la influencia e insistencia de Gabriel Marcel (2).

---

(1) Los datos se toman, cuando no se indique otra cosa, de Thérèse de Scott, *Marcel Légaut, l'oeuvre spirituelle*, París, 1984, págs. 124-138, con cuyo enfoque coincidimos. De Scott sitúa en 1961 el primer borrador de lo que luego sería el primer capítulo de *L'accomplissement humain* en su estudio “Fe y pobreza en Marcel Légaut (una introducción)”, *Cuadernos de la Diáspora*, nº 1, Valencia, 1994, pág. 13 y ss.

(2) “Imposible expresar la especie de simpatía que he sentido hacia Marcel Légaut. Raramente la presencia de un alma grande me ha parecido tan sensible”, escribió G. Marcel al P. Fessard ya en 1934. Y en 1961, G. Marcel, en el postfacio a la reedición de una de sus obras, se expresaba así: “Después de muchos años, he podido volver a ver, estos días, a un hombre que me parece uno de los testigos de Dios más auténticos que me haya sido dado conocer en el transcurso de mi existencia. Me refiero a

---

No obstante, por precaución, el editor puso dos condiciones: primero, dividirlo en dos partes y publicar sólo la segunda, que parecía tener más posibilidades comerciales, y, segundo, darle, a esa segunda parte, un título distinto, referido explícitamente al cristianismo, lo cual captaría a un público específico. Sólo después, según fuera la venta de la segunda parte, se editaría la primera. Así fue como se publicó, en octubre de 1970, *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme*, sin que hubiera ninguna promesa en firme sobre la fecha de publicación de la otra parte<sup>(3)</sup>, que además, obviamente, tendría que llevar también un nuevo título.

Para sorpresa de todos, la primera edición de *Introduction...* se agotó al cabo de un mes y medio, por lo que se hizo una segunda y, además, aprovechando el tirón, se editó la primera parte, que apareció en febrero de 1971 con el título, un tanto proustiano, de *L'homme à la recherche de son humanité*.

A partir de su éxito inicial, los dos libros continuaron separados y ya nunca se editaron juntos en ningún idioma, pese a seguir vendiéndose bien durante años. En cambio, con el tiempo, en lugar de reunirlos, se volvieron a subdividir por sus extremos. En 1974, los cinco primeros capítulos de *L'homme...* se editaron en un tomito de pequeño formato <sup>(4)</sup> y lo mismo se hizo, diez años después, con cuatro de los cinco capítulos finales de *Introduction...* <sup>(5)</sup>.

---

Marcel Légaut..." Cfr. Th. De Scott, *Devenir disciple de Jésus, (une lecture de l'oeuvre de M. L.)*, Paris-Gembloux, 1988, págs. 28-29.

(3) Por eso, la nota final de la "Advertencia" que Légaut antepuso a su texto terminaba con unas líneas que, en esta edición, hemos suprimido: "En buena lógica, el trabajo anterior hubiera tenido que aparecer antes que éste [*Introduction...*]. Desgraciadamente, por razones de actualidad, que no dejan de tener relación con las dificultades comerciales de la edición, el primer texto no aparecerá hasta 1971, o sea, después de éste de ahora, que, en cambio, hubiera tenido que aparecer como una consecuencia de aquél."

(4) *Vivre pour être*, Paris, 1974.

(5) *Croire à l'Église de l'avenir*, Paris, 1985.

---

Hasta aquí, lo sucedido en Francia. ¿Qué pasó en España? En 1972, se editaron, ya por orden, pero también por separado, los dos tomos (6). Sin embargo, una vez agotados, no se volvieron a reeditar. En cambio, en 1988, se tradujo la edición que se había hecho en Francia, en 1985, de la parte final de *Introducción...* (7). Y, además, en 1991, se publicó *El hombre...*, también con una traducción nueva que procuraba mejorar la anterior (8). Como estos dos últimos libros ya están traducidos, de la obra global (*El cumplimiento humano*), sólo faltaba por traducir y editar de nuevo lo que es justo el centro del conjunto, es decir, los siete primeros capítulos de *Introduction....* Y eso es, exactamente, lo que tiene el lector ante sí cuando abre este libro, al que hemos titulado *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo*.

II. En medio de toda esta historia hay un momento de inflexión en que la casi imposibilidad de publicar se convierte en facilidad por razón de un éxito suficiente; un éxito, por otra parte, extraño si se considera la dificultad que entrañan los textos de Légaut. ¿Qué circunstancias favorecieron esa inflexión? Detenernos en este punto servirá para aproximarnos un poco más a lo peculiar de esta obra.

En octubre de 1970, la revista *Études*, gracias a otro buen amigo, el P. D'Ouince, publicó un artículo de Légaut cuyo título inicial era "Reflexiones de un cristiano sobre la crisis religiosa de la iglesia católica en Francia". En él, Légaut describía la raíces profundas y lejanas de la crisis, anunciaba que ésta se agravaría y, sin embargo,

---

(6) *El hombre en busca de su humanidad y Pasado y... ¿porvenir? del cristianismo*, Estella, 1972.

(7) *Creer en la iglesia del futuro*, Santander, 1988. Lamentablemente, queda suelto y errático el capítulo once de *Introduction...*, "La llamada apostólica", que hubiera tenido que formar parte del volumen de 1985 (*Croire à l'église de l'avenir*). Confiamos en que se publique en un próximo *Cuaderno de la Diáspora*, donde van apareciendo nuevas traducciones y algunos inéditos de Légaut.

(8) *El hombre en busca de su humanidad*, Valencia, 1991.

---

también invitaba a prepararse para los tiempos nuevos que habría que vivir. El prestigio y la difusión de dicha revista debió de alertar a un determinado sector sobre el vigor del discurso de Légaut al tiempo que se publicaba el libro; un discurso que, en lo referente al cristianismo, estaba atravesado por un inusual brío profético y apocalíptico a favor no de una marcha atrás o de un encastillamiento ante la modernidad sino de un camino hacia adelante, pero de auténtica mutación a fondo y no de simple “aggiornamento”.

Sin embargo, lo que la prensa y los medios de comunicación descubrieron, para un público más amplio, no fue tanto una obra cuanto un hombre y una vida singulares: un “matemático convertido en campesino de alta montaña por pasión religiosa”; un “pacífico revolucionario” que (¡“antes de Mao”!, como, por lo visto, decía un periodista algo sensacionalista) había hecho un “retour à la terre” y redescubierto el trabajo manual; un anciano de “cabellos blancos, con su inseparable boina, su silueta sobre un fondo de montañas, con su perro y su rebaño, el gesto alerta, la mirada profunda, la voz sorda pero incisiva...”, etc. (9). En los primeros años del post-Concilio, y coincidiendo con las conmociones sociales del 68, había una inquietud cultural y una actitud crítica, ante la insuficiencia de las instituciones, que sabía apreciar los itinerarios biográficos que se salían de lo común por exigencia de autenticidad. Este descubrimiento inicial, a través de lo más llamativo, probablemente fue decisivo para un éxito tan inmediato.

No obstante, este aspecto biográfico, como el mismo Légaut decía después, corría el riesgo de quedarse en lo anecdótico y pintoresco, pues la gente a veces necesita admirar lo exteriormente llamativo cuando lo importante, en definitiva, es el itinerario interior, del que, en todo caso, lo otro debe brotar y a lo cual debe dar acceso, como ocurre con cualquiera, aunque su vida sea de lo más oculta, tal como el propio Légaut sabía valorar en extremo (10).

---

(9) Thérèse de Scott, *Marcel Légaut, l'oeuvre spirituelle*, págs. 126-127.

(10) Ver los dos epígrafes de las págs. 186-189 de *Creer en la Iglesia del Porvenir*, Santander, 1988.

---

En el caso de Légaut, detrás de lo llamativo, estaba, primero, todo lo que de verdadero se fraguó durante su infancia y adolescencia, en el ambiente familiar, de piedad y de estudio, y en sus primeras socializaciones, sobre lo que Légaut, discretamente, habló a veces; después, todo el trabajo fundamental, de los veinte a los cuarenta, gracias al fermento en él del encuentro con M. Portal, sobre todo, y con Teilhard después, por ejemplo; y por último, de los cuarenta a los sesenta, toda la reflexión que fue acumulando gracias al fermento en él de la experiencia de la guerra y de su vida familiar y laboral, inmerso en la condición común, y, como cristiano, en la de simple laico; y todo ello, a favor de abandonar un cristianismo de cristiandad y de avanzar, por la vía de la honestidad intelectual y de la exigencia de veracidad, hacia una vida espiritual real, de base no primariamente confesional ni moral sino adulta y humana.

La dificultad de los textos de Légaut desanimó, afortunadamente, a los simples curiosos y, en cambio, convenció a muchos que se reconocieron en lo que él expresaba y que ellos, en cierto modo, ya pensaban, aunque sin llegar a formularse con tanto vigor de penetración y de análisis. Légaut hablaba como hombre y como creyente de Occidente y del siglo XX, no como filósofo ni teólogo de oficio sino como un mayor que, al final de su existencia, como testigo de la vida espiritual, señala la grave crisis en la que ésta se encuentra e indica las coordenadas que, en su opinión, pueden resultar útiles para una auténtica renovación de la misma.

“Lo que Légaut publicó desde 1970 es profundamente nuevo y no tiene igual probablemente en la literatura espiritual de nuestro tiempo, en Occidente al menos. Consiste en una renovación tanto de las perspectivas sobre la vida espiritual como de su expresión, a través de una actualización, sin subterfugios, de las preguntas fundamentales que emergen a la conciencia de muchos creyentes de hoy y que permanecen enterradas en el subconsciente de gran parte del resto” (11).

---

(11) Thérèse de Scott, *Marcel Légaut, l'oeuvre spirituelle*, págs. 138-139.

---

III. Légaut siente, en efecto, la necesidad de ir al fondo de las cosas. Cuando al reflexionar se percibe la profundidad de la crisis de este siglo, que se manifiesta en convulsiones de todo tipo, hay que pensar como un superviviente, como un deportado en el exilio, y hay que retomar todo desde la base; lo cual, en estos asuntos, lleva a Légaut a la siguiente perspectiva:

“La gran dificultad de la vida espiritual de la mayoría –dificultad ciertamente escondida– es que, en definitiva, si no se cree realmente en Dios, la vida cristiana propiamente dicha no tiene ya mucho sentido. (...) Mientras que antaño se partía de Dios para explicar el Mundo y, ulteriormente (...), se ha intentado partir del Mundo para llegar a Dios, a mi entender, el verdadero camino (...) es (...) partir de sí mismo. Hay una íntima vinculación entre la fe en Dios y la fe en sí mismo. (...) En el fondo, igual que Heidegger dijo que quizá el hombre todavía no ha pensado nunca verdaderamente, se tendría que decir que quizá el hombre todavía no ha creído nunca verdaderamente en Dios. Esto es muy probable por una razón esencial: la fe en Dios no es un conocimiento como los otros sino el fermento del conocimiento” (12).

Desde esta perspectiva, de talante profético y de urgencia apocalíptica, conviene escuchar cómo Légaut reflexiona, en este libro, sobre los orígenes y el desarrollo del cristianismo, en busca de la fe de Jesús y de la fe de los discípulos, que son anteriores a toda doctrina y fundamentales para afianzar la fe en sí mismo y acceder, de un modo real, a la fe en Dios.

La obra completa, en un solo volumen, hubiera facilitado la posibilidad de apreciar la rica y sugerente simetría que estructura el conjunto, así como el diálogo que se establece entre sus partes, y comprender mejor, así, la fuerza y unidad del arco de perspectivas que Légaut ofrece desde el primer capítulo (“La fe en sí mismo”) hasta el último (“La obra espiritual”). Sin embargo, aparte de que, ahora, el lector interesado podrá hacerlo examinando los tres volúmenes en

---

(12) *Op. cit.*, págs. 132-133.

---

que se distribuye dicha obra, leer en concreto esta *Reflexión...* le conducirá directamente a lo que era, para Légaut, el centro y como el corazón del conjunto, es decir, donde se condensaba el compromiso de su vida, aquello sin lo cual su vida carecería de sentido.

Este libro, tal como Légaut mismo indica en su vigorosa advertencia inicial, no es obra de un intelectual sino de un hombre creyente, y de un tipo muy específico que será fruto de la lectura entender. No se trata, por tanto, ni de un libro de historia ni de un libro de exégesis ni de un libro de dogmática, donde lo importante sería encontrar la mejor información sobre estos tipos de conocimiento (con los que, sin embargo, Légaut contaba pues, en sus últimos años, advertía que debería modificar su texto e incorporar algunos puntos concretos en los que su pensamiento había ido evolucionando). Se trata de un libro que él mismo es fermento, donde lo fundamental es la voz, el estilo, la perspectiva, que invitan a descubrir un camino de reflexión muy peculiar y a proseguirlo (pese a que el lector encontrará también en él páginas magistrales sobre las parábolas, los carismas de las apariciones, lo que suponía el monoteísmo para los discípulos, la paternidad espiritual de Jesús, el significado de su divinidad, la creación, la providencia, la eficacia de la plegaria, etc.). Por eso, porque lo fundamental es la voz, el estilo, la perspectiva, conviene recordar cómo Légaut caracterizaba a un libro espiritual:

“Un libro espiritual, para mí, es un libro escrito por su autor no tanto para ser leído como, sobre todo, para ser escrito. El mejor lector de un libro espiritual es su propio autor. En la medida, precisamente, en que un libro está escrito por su autor para sí mismo, consigue mejor llegar a otros. Hay una diferencia radical entre un libro espiritual y un libro de espiritualidad. Sólo siendo uno mismo se puede ayudar a otros a que lo sean a su vez. Los libros de espiritualidad enriquecen a sus editores, como se ve por su abundancia: nunca hay penuria sino más bien inflación en ese terreno. (...) En cambio, los libros espirituales son raros. Exigen de su autor mucho más que los libros de espiritualidad. No basta con ser un buen profesor. Hay que estar vivo y ser capaz, además, de decir lo que se vive. Hay mucha gente que está viva pero que no es capaz de decir lo que vive porque hay algo especial en el hecho de la expresión. (...) A mitad de la vida, en la práctica, sólo se escriben libros de

---

espiritualidad porque, en esa etapa, por el hecho mismo de estar en contacto con muchas cosas, se sabe demasiado, al margen de lo que se vive realmente por dentro. La decantación no se ha consumado todavía. Al final de la vida, por el contrario, se critica todo lo que se ha aprendido pero que ha quedado fuera, y se conciencia, en cambio, lo interior” (13).

“Lo esencial no es objeto de enseñanza”, decía con frecuencia Légaut. Por eso, este libro –igual que el conjunto al que pertenece– no es un libro de doctrina sino de itinerario, distinción ésta que también importa recordar cómo la planteaba Légaut:

“Quiero empezar diciéndoos esto: mi libro no es un libro de doctrina sino un libro de itinerario. Me atrevería a decir que se trata de una especie de libro bastante rara y escasa. Pues, en general, en el tema religioso –como también en muchos otros temas, por otra parte– nos encontramos mucho más con libros de doctrina: se dice el objetivo al que hay que llegar y se deja sólo al lector ante la tarea de alcanzarlo. Un libro de itinerario es algo muy distinto: es un libro que, en vez de hablar del objetivo que hay que alcanzar, lo que pretende es indicar –al menos para quien lo escribe– el camino que se ha tomado para intentarlo. De manera que un libro de doctrina habla claramente del objetivo pero no dice en absoluto, de forma precisa, cómo se llega a dicho objetivo –y a veces incluso olvida mencionarlo por completo. Un libro de itinerario es completamente al revés: es un libro que no quiere hablar del objetivo pues, precisamente, el objetivo depende del camino que se lleve. Según el itinerario que se haya seguido para alcanzar el objetivo, las palabras que se empleen para explicitarlo tendrán su propio valor pues estarán cargadas con toda la experiencia del itinerario seguido; experiencia que habrá llevado, precisamente, a utilizarlas” (14).

Lo importante es, pues, el itinerario, más que la doctrina, igual que antes subrayábamos que el carácter espiritual de un libro importa más que si trata expresamente de espiritualidad. El propio

---

(13) *Op. cit.*, págs. 130-131.

(14) Ver: “El hilo conductor de mi obra” (1971), conferencia publicada en *Cuadernos de la Diáspora*, 5, Valencia, 1996, pág. 34.



---

Légaut recelaba de que se le leyese, sobre todo, desde el punto de vista de la doctrina, por lo que, en previsión de malos entendidos, antepuso su seria “Advertencia”, en la que sostenía su derecho y su deber, a título de creyente y de testigo, de tratar de lo que había estado en el centro de su vida. Ojalá sus lectores de hoy, al contacto con su escritura, verdadera ascesis espiritual, experimenten que se aviva su reflexión, se disuelven sus autodefensas, se anima su autenticidad y crece su deseo de emprender un itinerario parecido y de hacer, de estas cuestiones y de la búsqueda que comportan, el alma de su vida, cara a su sentido y a su fin. No es fácil hablar del fin, del término de la vida de fe y de fidelidad cuando éste no es la mera adhesión a una creencia o la mera observancia de una moral sino el “cumplimiento” humano, la consumación de una vida plena. Légaut lo ha intentado, a través del itinerario de su obra capital, y merece nuestro agradecimiento y el esfuerzo de leerlo. A cada uno corresponde, pues, el honor de intentarlo.